

David Neira

363 IQ



Letrame
Gruppo Editoriale

© Derechos de edición reservados.

Letrame Editorial.

www.Letrame.com

info@Letrame.com

© David Neira

Diseño de edición: Letrame Editorial.

Imagen de cubierta: © Dark Memories Photography

ISBN: 978-84-17608-13-2

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

A Lady X

«El universo no solo tiene una historia,
sino cualquier historia posible».

Stephen Hawking

«Si no existe, invéntalo.
Si no lo tienes, búscalo.
Si no lo has vivido, imagínatelo.
Pero no dejes caer tus brazos:
improbable no es imposible».
@espadapluma

—¿Mamá? ¿A qué hora llegarán los tíos?

—Se encuentran a un par de horas de camino. Venían dando un rodeo para que Sophie vea el mar desde los acantilados.

—Ah, por la costa... ¡Pues qué bien se lo va a pasar la pequeña! ¿No ha visto nunca el mar?

—Mmm... La verdad es que, viniendo desde París, todo es interior. No lo sé, si el tío las trae por ahí, supongo que no.

—Estoy deseando conocerla en persona. ¿Habla español?

—No, mi niña. Pero tú sí que hablas francés, no tendréis problemas en entenderos.

—Me hace mucha ilusión conocerla ¡y echaba tanto de menos a los tíos!

Mi «pequeña», de catorce años ya, una exótica niña de pelo negro rizado y tez morena, sobre la que se dibujaban como dos espejos, los ojos azules, era un manojo de nervios. Para aquellas cosas que le interesaban parecía muy independiente, pero cuando se trataba de la familia, emergía la sensible adolescente.

—¿Y papá? ¿Cuándo llega? Porque comerá con nosotros hoy, ¿no?

—Sí, cariño —resoplé frente al atosigante interrogatorio sin pausas que, probablemente, me acompañaría hasta que los demás hicieran acto de presencia—. Estará a punto de llegar. Vete poniendo los cubiertos allá a la mesa, anda.

—Oye, mamá, ¿puedes contarme la historia?

—Cuál...

—La de cómo se conocieron los tíos.

De las manos se me escurrieron los espárragos que estaba pelando.

Quince años habían transcurrido desde que dejé atrás

una de mis vidas de gata. Hasta caer de pie y quedarme con esta. No todo eran buenos recuerdos por más que en la actualidad las cosas tuviesen sabor a regaliz.

Hurgar en el pasado es como pensar que puedes meter un pie en agua y que no se moje. Había que tener mucho cuidado con agitar esos momentos pues lo que uno vive a veces te puede perseguir.

Mi pequeña mujercita era la prueba de que las vidas cambian si así lo deseas. Que los sueños a veces surgen entre los pliegues de una hoja para la que no habías planeado nada. En esos vacíos que el destino reservaba por ti. Siempre que reparaba en ella, sentada, leyendo o cuando salía con su carpeta bajo el brazo para irse a clase... Yo pensaba cuán vacíos habían estado mis brazos hasta que la tuve entre ellos. Que puedes abrazar muchas espaldas, pero nunca te sentirás tan poderosa como con la mirada de tu hija ante ti.

Con la vida ante sí.

—Ma, si no quieres, no me la cuentes, ¿vale?

—¿Qué? —Me había despistado y allí estaba, mirando con su carita curiosa—. Claro que sí, cariño. ¿Sabes? A veces imaginar historias también sirve para poder vivirlas.

—No lo creo, mamá, eso son cuentos...

—¿Y crees que seguiríamos inventando cuentos si nadie consiguiese vivirlos?

—¿Pero esto qué tiene que ver con los tíos?

—Todo, cariño. Es la historia de amor más hermosa del mundo. —Pellizqué suavemente la mejilla con mis manos húmedas—. Como tú.

Mi entrometida jovencita cogió una banqueta de las altas, una manzana y se sentó a mi lado, con aquella mirada tan dulce como inocente.

—La más romántica de las que he conocido —afirmé—. ¡Y no tiene que ver con enamorarse! Además, tiene que ver

contigo.

—Ah, ¿sí?

Y con la curiosidad enrojeciendo sus mejillas, continuó atenta mientras yo seguía con las manos entre pucheros y la memoria pasando las páginas de un periódico.

Agosto

París, quince años antes

Martes 21

19:06

En la redacción del periódico las tardes eran carreras a contrarreloj, un ritmo siempre frenético. En la sección de Local éramos conocidos por nuestro intenso galopar, tratando de añadir las últimas noticias antes del envío definitivo a las rotativas. Sin embargo, aquella tarde algo más que un bochornoso calor flotaba en el ambiente, incluso quizás... Demasiado silencio pese a los constantes murmullos del personal intercambiando conversaciones.

Me rondaba la extraña sensación de ser observada por los compañeros a hurtadillas, como si estuvieran espíandome con algún propósito.

Volví del baño a mi escritorio y pude ver a Jacques, mi jefe de redacción, allí apoyado. Sosteniendo entre sus manos aquella foto en la que yo aparecía al lado de un famoso cantante, un viejo conocido de nuestra época de instituto: Jon Cleveaut.

Aquello sucedió un día en que me enviaron inesperadamente a cubrir la sección cultural de un compañero por su repentina enfermedad. De casualidad, coincidimos tras unos quince años sin habernos vuelto a ver. Lo mejor de todo resultó ser que ni yo estaba cubriendo mi parte del trabajo, ni aquella actuación era la suya; se había camuflado entre el público para poder pasar inadvertido aquella noche.

Lo cierto es que no lo habría reconocido si no se me llega a derramar con increíble torpeza un rojo (casi incandescente) Manhattan, recién sacado de la barra. Derechito en caída libre sobre sus pantalones blancos.

«Pantalón blanco», lo primero que pensé al analizar lo ocurrido. ¿Quién se arriesgaba a llevar, hoy en día, un pantalón blanco? Pues mi compañero de estudios Jon, por lo visto. Cuando conseguí levantar la vista, avergonzada, lo reconocí y él lo mismo, pero enseguida dirigió un dedo a sus

labios en cómplice señal de guardar silencio.

Esa era la foto que nos habíamos sacado en el guardarropa del local a hurtadillas, en una noche curiosa repleta de risas y recuerdos.

Y un pantalón blanco con estampas rosadas.

—¿Tienes un momento, Marie? —me susurró el jefe, dejando nuevamente la foto sobre el escritorio y recordándome dónde estaba.

—Claro que sí —contesté, extendiendo mi mano sobre la frente con gesto militar—. Si me permites unos minutos que termine con...

—No era una pregunta, discúlpame —interrumpió tajante y con la mirada inalterable—. Acompáñame al despacho.

Nunca, en los años que llevaba allí, me había tratado con tanta frialdad. Aquello sumaba más incertidumbre a la extraña sensación que me rondaba la cabeza. Confirmando que, por algún motivo, ese día yo era el tema de conversación de la plantilla.

Aunque todavía no sabía el porqué.

Tal vez lo sucedido con el piquete del sindicato la otra semana. Qué culpa tendría yo de que cinco trogloditas enviaran el piropo equivocado a la persona equivocada. Y que mi mano fuera tan rápida.

Bum.

La Mujer Maravilla de la Liga de la Justicia ataca de nuevo.

Tampoco era para tanto, una simple bofetada.

Entré en su despacho, me esperaba agarrando la puerta con una mano mientras usaba la otra para desplazar la pantalla del móvil. Cerró una vez que estuvimos dentro y bajó los estores metálicos que descolgaban de las paredes de cristal para evitar las miradas de unos compañeros que ya no disimulaban la curiosidad.

Tras acomodarse sobre el respaldo de su silla giratoria y dejando ver la mesa totalmente ordenada, me lanzó otra de sus miradas serias, con el ceño fruncido y cara de apuro como si aquella situación le produjese pena. Me recordaba a un conocido perro Beagle que salía en un anuncio de zapatos.

—Sabes que últimamente ha habido ajustes en la plantilla, Marie.

—¡Yeah! Así, sin paños calientes, ¿eh, Jacques?

—Bueno, hay confianza, ¿no? —Aquel aspaviento de su cara se relajó, aunque se le notaba consternado.

—Vale, hay confianza. ¿De qué cifra estamos hablando?

Me observó de nuevo, ojiplático; acababa de pillarle en un renuncio. También me sorprendió su cara, así que inevitablemente relajé un tono la agresividad de mi voz.

—Porque estamos hablando de despido... ¿o no?

—No, no. Chica, no se trata de eso. Al menos no es lo que yo tenía pensado. Salvo que tú...

—A ver, suelta ya lo que me ibas a decir, comprobemos si es interesante.

Jacques se levantó, dio un par de vueltas a la silla y apoyó su culo de pana en el escritorio, frente a mí.

—El otro día estuvimos reunidos. El consejo de administración quiere hacer una serie de cambios...

—Enchufes.

—Cambios.

—Enchufes.

—¡Joder, Marie! ¡Me ha costado horrores que no te liquidasen, podrías prestar un poco más de atención!

—Uy, sí, qué gran favor. Incluso así dicho parece que me quisieran matar. «Que no te liquidasen...».

Jacques seguía allí estático, pero ahora sonreía, ya co-

nectado a mi juego dialéctico-sarcástico.

—A ver, chiquilla... eres tan enrevesada que a veces me cuesta pillarte el punto.

—Yo también te quiero, guapo. Pero si me vuelves a llamar chiquilla te saco los ojos con esa grapadora que tienes ahí.

—Em... vale. —Consciente de la alta probabilidad de que sucediese, alejó la máquina de un manotazo—. El consejo ha valorado tu trabajo, saben que eres de las mejores. Pero en este momento necesitan hacer cambios y liquidar era la opción más sencilla. Poco les importaba tu valía poniendo una cifra delante, la verdad. Pero después de una larga conversación han decidido moverte. Les he convencido de que, en un futuro, sería más fácil recuperarte que contratar a un becario al que hubiese que formar de nuevo. Y además...

—... además estoy buena.

—¿Si lo confirmo me denunciarás por acoso?

—Tenlo por seguro, pero puedes decirlo igual.

—Me niego. No te aprecio porque estés tan buena como sabes.

—¿Ves? Ya lo has dicho.

—¡Mierda! Tú me has llamado guapo antes, no vale.

—Continúa, anda.

Volvió a reclinarsse sobre la silla tras la mesa.

—Además no eres mi tipo, flaca. Resumiendo, que...

De pronto, la puerta se abrió sin consentimiento. Era un compañero que conocía algo de vista y coincidir en alguna cena de empresa, con el rostro completamente encarnado.

—Perdón, me han dicho que me presente aquí —respiraba agitado.

—Si no le importa esperar, que ahora estoy ocupado.

—Sí, claro, discúlpenme...

—¡Didier, por favor! —gritó el jefe antes de que terminase de cerrar la puerta.

(Ah, así que el morenazo se llamaba Didier...)

—¿Sí, señor?

—Y la próxima vez llame antes de entrar, joven. Por favor.

El compañero asintió cariacontecido justo antes de desaparecer de nuevo.

—Joder, no sé qué os habrán dado en el desayuno a estas generaciones nuevas, vais por la vida sin freno de mano.

—Resumiendo, jefe...

—Sí. Que te cambiaremos de sección.

—¡Y para eso tanto dramatismo! Menuda película te has montado. Sospecho que la plantilla espera a ver mi cuerpo saliendo de aquí, dentro una bolsa negra con cremallera...

—Cartas al Director —remató, ignorándome.

Entonces aquella conversación ya no me hizo ni puñetera gracia.

—Estarás de coña.

Jacques abrió un cajón de su escritorio y extrajo unos papeles, poniéndomelos delante. Los agarré, de muy mala gana:

Por la presente:

El Consejo de Dirección del grupo La Clé Press Inc. reunidos hoy informa a Mme. Anne-Marie Weah el cese de sus actividades como reportera de la sección de Local para incorporarse como coordinadora de la sección de Variedades, tras un período de una semana de vacaciones como compensación al reajuste de sus funciones.

No se modificará el contrato, si bien los conceptos referidos a transporte y dietas se eliminan al cambiar la naturaleza de sus funciones como reportera.

Agradecidos con su labor, aguardamos que continúe trabajando en el proyecto de nuestro Diario con el mismo entusiasmo que hasta la fecha ha venido desarrollando.

Le trasladamos nuestra gratitud y afecto...

Bla-bla-bla, mucha frase vacía, típica y tópica firmada por M. Dadá.

Verborrea de la que todos en el negocio sabíamos utilizar para desviar la atención. Y ese puñetero apellido, Weah, que nunca me gustó leer pegado a mi nombre; una imperfecta democracia en la que pierdes tu identidad cuando te casas.

En fin. A tomar viento.

De golpe y porrazo acababa de perder dinero y estatus. Genial.

—¿Estás bien? —trataba de consolar un Jacques que ya ni mi jefe era. Otro peón del sistema.

—¿Te apetece una copa? —suspiré.

—Rubia, aún estamos cerrando rotativa...

—Pues toda para ti. Me marchó.

—¡Pero espera un minuto!

—¡Que no! ¡Que ahora quiero tomar el aire un rato!

—No, es que...

—Joder, Jacques, mira que eres pesado, eh.

—¡Que me tienes que firmar eso! —atajó alzando la voz.

Lo atravesé tan fulminantemente con una mirada que debió sentir como si le cayese toda la piel al suelo de una vez.

—Lo siento... Lo del tacto me lo reservo para fuera del trabajo, Marie.

—Ya, supongo que por eso tu mujer te tiene durmiendo en el sofá hace meses —contesté mientras estampaba un montón de rúbricas en aquellos papeles.

—¡Marie!

—Lo siento... Lo del tacto me lo reservo para fuera del trabajo, Jacques —ironicé lacónicamente—. Además, ahora que está firmado, ni siquiera eres mi jefe. Mañana recogeré mi mesa, ahora paso.

—Ya. Discul...

—¡Vete a la mierda! Por lo menos si fueses medio decente como persona me acompañarías a bajar esas copas.

Jacques sonrió, aún con el entrecejo pinzado, mientras se me acercaba. Sin opción, me dio un abrazo de esos que te duran más de lo que querrías. Se podía oler su colonia barata, confirmando mi impresión de que llevaba una temporada pernoctando en aquel sillón.

—Discúlpame, amigo —susurré con la cabeza metida entre el cuello de su chaqueta—. No debía faltarte al respeto...

—Tranquila. No eres la primera a la que... Bueno sí, a la que traslado sí. Normalmente soy más de despedir...

—Capullo.

—Guapa.

—No te aproveches de que ahora no eres el jefe, aún te puedo coger de las pelotas y hacer que grites como una ardilla.

—Ja, ja, ja, ya salió el genio de mi reportera Leo.

—Guapo... En fin, no se acaba el mundo aquí.

Nos separamos y abrí la puerta.

—Claro que no, Marie. Los cambios no siempre son divertidos, pero... tampoco son definitivos.

—Ya, pero me voy a emborrachar, con tu permiso —exclamé antes de salir por la puerta—. Bueno, o sin él... Mañana te veo.

—Cuídate —escuché a mi espalda.

Didier seguía allí, clavado.

—¿Puedo?

—Sí, supongo, esta vez llama antes y cuidado que hoy...

Seguía mirándome, esperando a que terminase lo que iba a decir.

—Nada. No me hagas caso. Adelante.

Fui, flotando, hacia mi mesa.

Casi siempre trataba de controlar mis emociones, pero en ese instante no me apetecía ni un ápice pensar en otra cosa que no fuese bajar al bar y sentarme en la barra.

Los compañeros se me acercaban tímidamente, indagando. Los despaché tranquilamente con el dedo índice, ejecutor, señalando al despacho por donde entraba en ese instante Didier. Recogí mi chaqueta de la silla y del cajón, las llaves de casa. También retiré la foto con Jon de su marco y la metí en el bolsillo exterior de mi bolso Desigual.

Esa era mi moda: hippie, pero de marca.

No tenía grandes objetos que llevarme en ese momento, así que los clips y las agendas podrían esperar por mí y mi caja vacía hasta el próximo día.
